

Un día en París

La luz del alba baila en el adoquín,
el Sena canta un verso sin confín.

Una sonrisa vuela del café,
en croissants flota un éxtasis de fe.

Los pasos suben al Sacré-Cœur sereno,
el pecho late libre, leve y lleno.

Al anochecer, la torre se adormece,
París susurra mientras el oro crece.

